

LAS TRES CARAS DEL PUEBLO DE DIOS

El progresivo deterioro de la cristiandad colonial explica el porqué resulta difícil hoy día a un pastor hablar al pueblo de Dios. Su auditorio es heterogéneo. No solo porque hay católicos muy diversos unos de otros en su actitud, mas o menos receptiva, frente a su palabra, sino porque cada uno de los fieles, según las circunstancias puede asumir, al escuchar esa palabra, actitudes muy diversas.

Podemos hablar de tres "caras" o de tres actitudes del pueblo de Dios frente a la palabra del pastor. Pero, al caracterizar tres grupos diferentes, tendremos que agregar que, en gran parte, se superponen. Que muchos de los fieles pertenecen alternativamente a uno u otro de estos tres grupos, asumen actitudes diversas según sea "quien" habla, "de qué" habla y "cómo" habla.

Veamos en primer lugar al católico integrado en las estructuras de su Iglesia.

Se dan dos casos distintos pero no comunicados.

Están, en primer lugar, aquellos que conocen su parroquia o su comunidad de base y forman parte, activa o pasiva, de ella; los que van a Misa el domingo, siempre o cuando pueden; los que se confiesan de cuando en cuando, los que trabajan activamente en su Iglesia, como animadores, catequistas, profesores de religión, ministros de la Eucaristía, recaudadores del CALI...

Están los que pertenecen a los diversos movimientos apostólicos, a las cofradías, órdenes terceras, comunidades de todo tipo, muchas veces al margen de la parroquia.

Están los que trabajan en colegios católicos, o en instituciones católicas, como profesores de religión, responsables de pastoral...

¿Cuántos son? Los que van a misa el domingo son alrededor de un millón. Hay varias decenas de miles de catequistas y profesores de religión; varios

millares de comunidades eclesiales de base. Podemos evaluar este primer grupo en 1 a 2 millones de creyentes.

Un segundo grupo lo forman los que acuden a la Iglesia para el Bautismo, el Matrimonio, las Exequias. Los que se preparan para la Primera Comuni3n y la Confirmaci3n, lo que incorpora tambi3n a los padres del ni1o y a sus parientes mas cercanos. Este grupo puede llegar a alrededor de diez millones de cat3licos. Pero su inserci3n en la Iglesia suele ser pasajera, limitada al tiempo de la preparaci3n y a la recepci3n del sacramento. Muchos de los que pertenecen a este grupo se integran al grupo anterior; muchos mas pasan a engrosar el grupo que viene.

Veamos ahora el caso de los que aun cuando no est3n integrados en las estructuras eclesiales se sienten y se dicen cat3licos.

Lo que vimos en los dos grupos anteriores es el fruto del esfuerzo apost3lico de la Iglesia actual. El grupo que vamos a ver ahora es mas bien el resultado de cuatro siglos y medio siglos de evangelizaci3n del pueblo chileno. Es un cristianismo que se transmite por la familia, que se asimila en el ambiente, -impregnado, en mayor o menor grado, de cristianismo-; que es parte de la cultura nacional.

Tiene manifestaciones 3ntimas en el h3bito de orar, siquiera el Padre Nuestro y el Ave Mar3a, de persignarse, de usar expresiones como: "si Dios quiere", "gracias a Dios" y otras conocidas; de ser devoto de la Virgen, o de alg3n santo; de hacer y cumplir mandas; y, mas profundamente en gestos o actitudes de humildad, de honradez, de desapego de los bienes materiales, de resignaci3n ante las pruebas de la vida, de solidaridad.

Esta actitud se manifiesta tambi3n en formas multitudinarias: en los

santuarios, en la visita al Cementerio el 1º de Noviembre, en un Congreso Eucarístico, cuando vino el Papa.

¿Cuántos son éstos? Imposible de contarlos: tal vez diez o más millones.

Veamos ahora un tercer grupo de creyentes: el independiente y crítico.

Esta tercera actitud coexiste con la segunda, que acabamos de ver y a veces también con la primera. Y es también la de quienes no están en ninguna de ellas. Es la de quienes tienen educación universitaria o media, a veces solo básica. La de los que escuchan la radio, ven la tele, leen diarios y revistas. Los que se sienten vivir en una sociedad pluralista, en que todas las creencias, las ideologías, los valores, las opiniones personales son válidas. En que cada cual se siente con el derecho de formarse su propia opinión y en que a nadie se le reconoce autoridad para imponer a otro un determinado punto de vista. Es el fruto del proceso de crisis de la cristiandad que hemos estudiado en un capítulo anterior.

El catolicismo -nuestra expresión cristiana tradicional y mayoritaria- sigue presente y activo en todos o casi todos los sectores de la población y goza de prestigio y de confianza. Pero debe convivir con mil corrientes, religiosas, arreligiosas o antirreligiosas, que discuten y a menudo rechazan sus posiciones.

Pertenecen a este tercer grupo, desde luego, todos los que se sienten mas comprometidos con estas corrientes de pensamiento que con la que fue tal vez la fe de su infancia o la de sus antepasados. Pero pertenecen a el también, en parte, los de los dos grupos anteriores que se han formado en el espíritu crítico de los tiempos actuales, los que aceptan el pluralismo ideológico como algo natural y positivo, los que invocan la libertad de conciencia y rechazan lo que llaman "afirmaciones dogmáticas" o "imposiciones éticas", aun reteniendo su fe en Dios, su adhesión a Cristo y su pertenencia a la Iglesia Católica, al menos a su manera.

El número de los chilenos que piensan como este tercer grupo es muy

considerable ya que incluye también a muchos que se encuentran en el segundo e incluso en el primer grupo e incluso algunos que han cortado toda referencia a la Iglesia Católica sin adherir a ninguna otra religión en forma concreta. Muchos de ellos ven a la Iglesia y a sus pastores como un factor importante en el país. Se les respeta y se les sigue en algunos aspectos pero no se les reconoce, al menos en la práctica, autoridad para imponer doctrinas o preceptos válidos para todos. Invocan su propio criterio para discernir entre lo verdadero y lo falso, lo justo o lo injusto y su propia conciencia para determinar sus conductas. Tampoco aceptan que se les juzgue y se les condene como súbditos rebeldes.

En cambio aceptan, e incluso desean, que la Iglesia dé su parecer sobre los temas que atañen a la verdad y al bien, siempre que lo haga como una "propuesta", como una "oferta" y que acepte que ésta sea discutida, aceptada o rechazada, parcial o totalmente, por unos u otros.

Quieren también que los pastores de la Iglesia conozcan la realidad que vive la gente día a día, las mil dificultades que se atraviesan en el camino de quienes quisieran actuar de acuerdo a los principios que la Iglesia enseña y que ellos aceptan, y que los ayude a vivir conforme al Evangelio y a sus enseñanzas, en las circunstancias concretas en que se encuentran.

El pastor no busca tanto "tener razón" como "hacer el bien". Podría afirmarse en su autoridad que viene de Dios. Pero el mismo Dios que le dio autoridad para enseñar la "verdad" le pide "hacerlo en la caridad". Es decir que haga todo lo necesario para que los hombres vivan más y más en conformidad con el Evangelio, ayudándolos a superar los obstáculos, que muchas veces no vienen de ellos mismos sino de fuera, y fortalecerlos interiormente con la gracia para que sean capaces de ser fieles, a pesar de las dificultades.

Frente a este tercer grupo de chilenos, ante esta tercera cara del pueblo de Dios, ante esta mentalidad independiente y crítica que es, como dijimos, el fruto de dos siglos de difusión de una cultura que podemos llamar la cultura moderna,

la cultura laica, el pastor debe actuar con un triple parámetro.

En primer lugar enseñar la verdad, la verdad "revelada", la verdad de Dios, la verdad de la Biblia y de la tradición de la Iglesia. Los pastores no son autoridades en el campo filosófico o científico, jurídico o histórico, o por lo menos, no son reconocidos como tales por todos. Y si alguno se destaca en alguno de estos campos por capacidad propia, solo se le reconoce una autoridad personal que no se transmite a su cargo de pastor. El pastor enseña la verdad de la fe pero como una "oferta", como una "propuesta", como un don gratuito, con convicción y con humildad, sabiendo que muchos "tienen oídos y no oyen" y que solo oirán cuando la gracia de Dios les abra los oídos de la fe.

Esta oferta de la verdad, esta propuesta, debe ser presentada como una contribución al bienestar material y espiritual de la comunidad humana. El pastor puede usar el lenguaje de la filosofía o de la ciencia, puede hablar de "ley natural", dar argumentos biológicos, psicológicos o sociológicos pero en ese terreno debe aceptar la discusión y el rechazo. Su propuesta viene de Dios, se presenta como tal y será aceptada o rechazada como tal. Y pese a la discusión o al rechazo, siempre seguirá vigente, dispuesta a la espera, con la paciencia de Dios.

Pero el pastor puede y debe hacer algo más, en nombre de la caridad fraterna, en nombre del bien de todos. Debe escuchar a los hombres, conocer sus problemas y sus dificultades, darse cuenta de las circunstancias concretas en que viven. Y ayudarlos a cumplir la voluntad de Dios en esas circunstancias, con paciencia, comprendiendo que la perfecta fidelidad a Dios puede exigir tiempo, ser progresiva, tener retrocesos y desalientos y que requiere la gracia divina, que el pastor debe esforzarse, también con paciencia, en comunicar a quienes estén

dispuestos a acogerla. Mas aun cuando la fidelidad a Dios exija verdadera heroicidad en un determinado momento.

No siempre logrará el pastor todo lo que él desea. Pero su aporte a la libre discusión de lo que al país interesa, cuando es dado con humildad, con respeto a otros criterios, - aun, para él, equivocados,- con respeto a las conciencias, -aun para él mal formadas,- será acogido por una gran mayoría como una contribución valiosa, tal vez no exclusiva ni decisiva, pero sí respetable y útil. Y tendrá una influencia positiva en las decisiones que la comunidad nacional tome. Decisiones que siempre serán revisables y perfeccionables con el correr del tiempo.

La fuerza de la enseñanza moral del cristianismo y de la Iglesia consiste en que es parte solamente de una enseñanza mas amplia, que es una afirmación de la verdad revelada por Dios y un camino de santidad que lleva hacia Dios. Y solo es plenamente aceptada y realizada cuando el que la escucha la percibe en esa perspectiva.

I. La Pastoral de los católicos insertos en las estructuras eclesiales.

A. La estructura pastoral tradicional de la Iglesia ha sido la parroquia. En los últimos años la parroquia ha cambiado y ha cambiado sobre todo el contexto de la vida parroquial. Vamos a limitarnos a enumerar algunos de estos cambios.

1. La población ha crecido considerablemente y el número de parroquias no ha crecido en la misma proporción. Nuestras actuales parroquias suelen ser excesivamente grandes y pobladas y el párroco no puede cumplir las funciones que le eran habituales.

2. La población se ha desplazado del campo a la ciudad, dejando algunas

parroquias rurales con pocos feligreses y muchos feligreses urbanos sin parroquia cercana.

3. Ha disminuido la relación de sacerdotes a fieles, por lo que los sacerdotes se sienten recargados y los fieles mal atendidos.

4. La parroquia ha dejado de ser un importante lugar de encuentro y de convivencia, un polo de atracción por sus fiestas religiosas, su música, su canto, la predicación...; ha sido desplazada en gran parte por la escuela, el liceo, la universidad, la radio, la tele, el deporte, la política...

5. Para una gran parte de la población, el carácter local de la parroquia ha perdido interés. Se pertenece más al grupo social, o al lugar de trabajo que al barrio en que se vive. El auto permite desplazarse con facilidad, incluso para ir a Misa, no a la parroquia propia, sino donde a uno mas le guste.

6. La multiplicación de los movimientos apostólicos y grupos de espiritualidad para laicos aleja a sus miembros de sus parroquias, llevándolos a sus propias casas de reunión o lugares de culto.

7. La multiplicación de las capillas y comunidades de base requiere de un párroco itinerante que celebre la Eucaristía y los sacramentos en diversos puntos de su parroquia, lo que complica su labor y hace que los fieles que acuden a la parroquia misma se quejan de que el párroco "nunca está allí".

B. Antes estas circunstancias parecería oportuno tomar algunas medidas como las que proponemos a continuación.

1.- Las tareas que antes desempeñaba el párroco, con o sin un vicario cooperador, deben ser asumidas hoy por un numeroso equipo que comprende el párroco, uno o varios diáconos, la secretaria parroquial, los animadores de las comunidades de base, los catequistas, los ministros de la Eucaristía, lectores, acólitos, guías, monitores, recaudadores, responsables de ayuda fraterna, de acción social... El párroco tiene que ser un formador de equipo y debe aprender a

trabajar en equipo: no solo "hacer" sino "hacer hacer".

2.- Las tareas parroquiales deben simplificarse, unificarse en toda la diócesis y en todo el país. Debe elaborarse una "rutina" parroquial fácil de asimilar, tanto por el equipo parroquial como por el pueblo fiel, que no dependa tanto de la creatividad, o de la manera de ser de cada párroco sino que sea igual para todos. En la catequesis, en la liturgia, en las comunidades de base, en las misiones, en las fiestas religiosas, en la administración y el financiamiento hay que establecer un nuevo estilo, más simple, más adecuado a las circunstancias actuales, que permita prestar un mejor servicio a un mayor número de fieles, ocupando un menor número de sacerdotes.

3.- No cabe duda que la escasez relativa de clero, de religiosos y religiosas es una limitación para la pastoral y para todo apostolado. El crecimiento de las vocaciones a la vida sacerdotal y religiosa supone que los actuales presbíteros y también los religiosos y religiosas se dediquen cada vez mas y se preparen y vivan ellos mismos mas plenamente, la vida espiritual, la vida interior, la oración y el testimonio de santidad, el espíritu positivo, esperanzador que anima a los verdaderos apóstoles y se dediquen cada cual según sus posibilidades, al confesionario, a la dirección espiritual, a los ejercicios espirituales, a la predicación formadora, a la orientación. La experiencia de los movimientos apostólicos, o de algunos sacerdotes suscitadores de vocaciones, prueba que ese es el camino para suscitar vocaciones diaconales, sacerdotales o religiosas y que es el único camino para el verdadero crecimiento de la Iglesia.

C. La Iglesia en Chile, y en otras partes, tiende a crecer al margen de la vida parroquial y aun del clero diocesano. Los religiosos y religiosas tienen una actividad pastoral y apostólica inmensa que supera tal vez la del clero diocesano. Los "movimientos" de fieles tienen un dinamismo a menudo mayor que el de las comunidades parroquiales. Los colegios católicos, o de inspiración católica,

suelen tener una gran actividad apostólica que abarca, mas allá de los profesores y alumnos, a los padres de los alumnos. Algunas instituciones católicas, como la Universidad Católica o el Hogar de Cristo y muchas otras, tienen una gravitación enorme. Incluso se multiplican grupos de laicos cristianos quienes, independientes del clero, toman iniciativas de vida cristiana, a menudo de gran valor.

El pastor debe extender su acción a todos estos aspectos de su Iglesia, suscitados a menudo por el Espíritu Santo, discerniendo, no según sus gustos personales, sino a la luz del Espíritu, coordinando, con flexibilidad y con respeto, iniciativas a veces tan diversas, animando, buscando la unidad en la caridad, ejerciendo sobre todo su paternidad espiritual.

D. Ante todos estos grupos, la actitud del pastor es la del animador espiritual, del coordinador, del maestro que enseña y a veces señala peligros o desviaciones en la doctrina o en la moral. El habla como habla el pastor a sus fieles, a quienes reconocen, respetan y acatan su autoridad.

Tal vez sea útil señalar que ese lenguaje no debiera hacerse público, al país entero, sino que limitarse al interior de la Iglesia. Es preferible que los que no consideran ese magisterio como válido para ellos, no se sientan interpelados por el. A ellos hay que hablarles pero en otro tono. Algunas dificultades surgen cuando el que entiende seguir su propia conciencia antes que los mandatos de un pastor, que el no reconoce como autoridad para el, siente que ese pastor le impone una regla, lo juzga o lo condena. Esto produce una innecesaria rebeldía que se debe evitar.

En cambio, a los fieles que se reconocen como tales, a los que están plenamente integrados en las estructuras eclesiales, debe el pastor hablarles con claridad, con firmeza y con autoridad a la vez que con caridad pastoral.

II. La pastoral de los católicos no insertos en las estructuras eclesiales.

Un número considerable de católicos vive su fe, su moral y su espiritualidad al margen de las estructuras eclesiales. Ellas se sustentan en el fondo religioso del alma humana y en un cierto conocimiento del Evangelio, fruto de 5 siglos de evangelización, bebido en el hogar y en el ambiente pero sin base de lectura o de estudio que lo explicita o lo ordene.

Estos son los que mas fácilmente se sentirán atraídos por las iglesias evangélicas, por los cultos pentecostales e incluso por algunas denominaciones religiosas que suelen clasificarse como "sectas". Y en los sectores más cultos de la sociedad son los que van a las espiritualidades orientales o a los grupos esotéricos.

Los pastores católicos suelen sentirse incómodos ante esta mentalidad. Hemos perdido el hábito de predicar la Biblia en un tomo directo y vivido; es como si la teología, por una parte, y el conocimiento del mundo -sociología, psicología- por otra, nos inhibieran para una predicación kerigmática, profética, evangélica, de la fe. Pensamos que los que son "religiosos" y "espirituales" debieran estar todos en nuestras estructuras y no comprendemos bien por qué no dan el paso y llegan a ser "buenos católicos". Y nos duele que, a menudo, nos dejan para ir a buscar afuera lo que estamos persuadidos de estarles dando dentro y en forma mas auténtica.

Creo que esto es común a todas las religiones establecidas. La necesaria "organización" tiende a suplantar la indispensable "inspiración". El dogma, el rito, la moral, la disciplina tienden a opacar la acción del Espíritu, la fe como acto y vivencia personal e interior, la propia conciencia, el hálito místico, el "numen" de que hablaba, a comienzo de este siglo, Rudolf Otto en su clásico libro sobre "Lo sagrado". Es también lo que, en una de sus fórmulas clásicas resumía Peguy al decir que "todo empieza en mística, todo termina en política", entendiendo por política no el servicio del bien común de la sociedad sino los aspectos

administrativos, legalistas, burocráticos que conlleva la acción "política".

Tenemos que reaprender el lenguaje del Señor: el lenguaje del Sermón de la Montaña, de las parábolas, de los gestos y de las actitudes, de los testimonios, de la vida. El siglo XIII, con una economía naciente, necesitaba un Francisco de Asís. Tomás de Aquino vino después. A fines del siglo XIX, la Iglesia optó de nuevo por Tomás de Aquino: necesitaba claridad, rigor, coherencia intelectual ante una desintegración de la cultura. A fines del siglo XX, y al menos para el grupo de cristianos al que me estoy refiriendo, se necesita una opción parecida al franciscanismo: una evangelización a partir del texto mismo del Evangelio, pero del Evangelio leído con los ojos del pueblo chileno de hoy y expresado en actitudes y en hechos que pertenezcan al hombre y al mundo de hoy.

Son varias las corrientes que van en ese sentido. La piedad popular, la de los santuarios, de las peregrinaciones, de las procesiones; la de las devociones y de las imágenes; la de las mandas, de las novenas y del Mes de María van en esa dirección. También el movimiento carismático, con su afectividad y su alegría comunicativas, con su extraversión comunitaria, con su tendencia mística. También los grupos de oración. También las pequeñas comunidades de fieles que aspiran a vivir el Evangelio con sencillez en su vida diaria y a dar testimonio de él, sin estrépito. También los que sirven a los pobres, a los ancianos, a los enfermos, a los presos con abnegación y humildad.

Los "evangélicos" tienen mucho que aprender de nosotros y, sin reconocerlo, lo hacen. Y los católicos tenemos mucho que aprender de ellos. Libres, de partida, del peso de una Iglesia multitudinaria que existe y debe ser atendida, libres de una compleja elaboración teológica y jurídica, van derecho al centro religioso de la conciencia, al testimonio simple, al gesto fraternal.

Agreguemos, para terminar, que también los del primer grupo que hemos considerado recién, aspiran a lo mismo y desean ver en nosotros más sencillez evangélica, un estilo más directo, más libre, más fervoroso también y más

místico. Las estructuras eclesiales, las formulaciones teológicas, los ritos y las reglas son necesarios y no queremos renunciar a ellos. Expresan la fe en el lenguaje de la cultura y de la historia. Pero, en este momento histórico, tenemos que volver a encontrar ese "fervor de la primera caridad" a que alude San Juan, la frescura primaveral de los primeros tiempos, y de todos los tiempos en que la Iglesia se ha sentido empezando una nueva etapa, una "nueva evangelización" como dice el Santo Padre.